

SUJETO DE LAS CIUDADES

MIGUEL MARINAS

<https://orcid.org/0000-0001-8363-5180>

Universidad Complutense de Madrid

<https://doi.org/10.15304/ag.40.1.7090>



Resumen

El sujeto de las ciudades es un relato que combina imágenes y argumentos para probar la formación de la identidad del sujeto urbano. Este es el sujeto político pero visto desde su dimensión singular e inconsciente. Los recuerdos de las ciudades se observan y se analizan desde su lado impremeditado, no consciente. Todas ellas nos atraviesan, nos constituyen, están en nuestro ser como ciudadanos.

Palabras clave: ciudad, barrio, sujeto urbano, nomadismo, identidad.

Abstract

The subject of the cities is a tale that combines images and arguments to improve the constitution of the identity of the urban subject. This is the political subject viewed from its singular and its unconscious dimension. The memories of the cities are observed and analyzed from their unconscious side. All of them cross us, constitute us and remain in our being as citizens.

Keywords: city, neighbourhood, urban subject, nomadism, identity.

Walter Benjamin habla de la ciudad de Riga cuando esta viene a hacer *potlach* con el mar (Benjamin, 2005) Que una ciudad establezca el intercambio del don con la masa de agua que la rodea y mide sus alternancias equivale a suponer que la ciudad es un sujeto. Que le cabe desear y ser deseada, que tiene un modo de hacer, de ver, de comerciar y de darse en don, que expresa su inconsciente precisamente en las fachadas de las casas, es algo que forma parte de la enseñanza entre afiebrada y con temple del berlinés por antonomasia. No todo es intención y propósito, no todo es conjetura, también hay rumores ocultos en las ciudades que asoman de vez en cuando por los resquicios, por las superficies que se exhiben y parecen contar algo más que lo que se pretende y se dice explícitamente. Ahí está lo inconsciente, el sujeto que las ciudades tienen.

Ahora quiero aludir, nombrar merodeando, las formas que las ciudades tienen de posarse en nosotros, de hacer de nosotros no sólo lo que a la vista está, sino algo más: nuestra condición de sujetos. Somos sujetos, supuestos, en el corazón de las ciudades que atravesamos, que tomamos el pulso si quiera un momento, que atravesamos como viajeros, o como destinados a ellas. Nadie nace destinado a una ciudad, parece ser, y sin embargo todas y cada una van siendo nuestro destino. El problema que se me ofrece es cómo capturar su inconsciente, su plano medular, que ya sabemos que no es íntimo y hermético sino que es éxtimo: a la vista está (Lacan, 1981; Marinas, 2015) Por ello mejor será que no pretenda explorar esencias, trazados o planes urbanísticos. Mejor procederé entrando en el lenguaje de las ciudades y dejando que él muestre lo que viene siendo su forma de darse, como sin premeditación.

Los lugares esquinados, los apenas vistos, los que no son costumbre, los que enseñan algo que ilumina, como en Regla, de La Habana, la media cabeza de puerco a la puerta de una casa.

I. Primero

Todo empieza en una calle de la que sólo tengo noticias desde el interior de la casa. La puerta por la que aparece mi padre vestido de soldado francés, con un compañero, para una película en la que precisaban soldados que supiesen montar a caballo, y al otro lado de la casa una ventana de la alcoba principal por la que salía la voz de mi madre en dirección a unas lomas vecinas...las que yo me empeñaba en identificar como decía la letra de su canción: *están clavadas dos cruces / en el monte del olvido / por dos*

amores que han muerto / que son el tuyo y el mío... La congoja que dejaba la copla en los ojos de un niño muy pequeño era irremisiblemente urbana, estaba allí, no sabía era un monte del olvido, pero las cruces creo que ya me iban sonando...

El siguiente recuerdo o zona de imágenes antiguas es el de una ladera de al lado de casa. Allí, con mi padre, no sabré nunca cómo surgió la idea, trazamos un itinerario que era una vía del tren entre dos puntos del terruño blando y oscuro. Mi padre llevaba un carrete de hilo blanco y fuimos cortando palitos, yo creo que él los afinaba y desbastaba con la navaja, y los íbamos poniendo a distancia regular, como las columnas que soportan los cables de la catenaria. Todo este nombrerío me sobraba porque yo era ingeniero que iba haciendo un tren, una vía para que en tren pasase. Posiblemente tenía yo algunos vagones chiquitos y hasta una locomotora. Tanto da: lo importante era la vía que se iba alargando y quedaba reluciente: los palos claros, regulares, el hilo blanco, bien tensado. La satisfacción de trazar una vía entre dos puntos del terreno se vino abajo, días después, en que hubo una llovizna gris y todo se detuvo. No fuimos a controlar, pero dando una vuelta encontramos algunos postes y restos del tendido blanco que la lluvia había tumbado. Creo que la llamada al realismo, y la promesa de hacer otra vía en cuanto se pudiera, me dejaron bastante templado. Con ganas de medir más terrenos.

La alucinación urbana tenía momentos notables. Al final de la avenida Padre Isla, amplia y moderna como calle de ensanche y arteria principal, subía del centro mismo a unas afueras amables en las que había poblaciones de nombre armonioso como Carvajal de la Legua. De allí traían peras, perucos (que anunciaban como de Don Guindo..., o longuindo). Y te habituaban a medir con un nombre: una legua, esa es la distancia justa. No la atropellada y fanfarrona de los chavales del Barrio Húmedo que rivalizaban en rapidez y velocidad absoluta: *Yo andando a este paso, sin cansarme, tardo en llegar al Puente Villarente...diez minutos* (en realidad hay trece kilómetros, hoy se tardan en coche diecisiete minutos). Al final de la calle Padre Isla antes de doblar hacia la carretera de Asturias, había un solar grande, en pendiente, con promontorios, como rocas de acantilado, con piedras grandes, que iba descendiendo desde lo alto al pie de calle. Para mí tenía un nombre que me vino y se me instaló sin avisar: *Pontevedra*. Para mí siempre era Pontevedra, sin que yo me apurase en saber qué era Pontevedra, suponía que era montañoso, que podría tener mar, que estaba lejos, pero su perfil y sus trazas, que rompían la armonía provinciana de las casas medianas, se dejaban decir con ese nombre. Pontevedra. No sé si llegué a comentarlo o a llamarlo así

con alguien de los niños cercanos, mi hermano, mis primos o los de la banda de Curro, creo que no. Creo que ese nombre urbano prestado, fingido y alucinado era un nombre mío. De mi intimidad urbana.

Las mudanzas de una calle, que se puntea con el revoque, las volutas de pega, los zaguanes que resisten y los establecimientos: la puerta de la ebanistería de Honorato Baeza, con su silla junto a la jamba, la guitarra detrás, la perrina nerviosa de color chocolate y la escopeta.

II. Bordes

Parece que toca dar razones de la simple belleza. Entrar más en las calles y que ellas te entren. El inicio es el reconocimiento de que lo vemos no es el impacto de las fachadas, de las casas o de las aceras pequeñas, ni el silencio del entramado de las calles. Lo que sentimos en la piel suavemente, sin estridencias, es la entrada en un tiempo diferente: el tiempo de los márgenes, de lo que no tiene fuste ni importancia. Sólo dignidad y esmero.

Los pocos forasteros que tienen la fortuna de conocerlo ingresan rápidamente en un estado de ensoñación.

Y si es así cómo se va a poder distinguir lo propio de lo que rodea, cómo se puede ver sin sentir el hechizo simple, que no se muestra, que da por hecho que así hay que mirar, que lo que se va sintiendo a medida que se camina es lo que hay que sentir, que lo que se ve, en la sorpresa de formas antiguas que perviven, es exactamente lo que hay que ver (Buck-Morss, 1989) Cómo discernir la hermosa perfección de lo que es poco, pequeño, que no pide más, que está y que sirve, que ni siquiera tiene voluntad de ser centro o torre, o cúpula. El mirador con la imagen de la maja es el punto de conexión con el cielo altísimo, madrileño, que guarda el Tercio Terol.

Todo se cuece a fuego lento, y lo que hace descomunal el efecto de este barrio sencillísimo es la sorpresa de vivirlo. Nada llama, nada atrae, ningún propósito ni meta: te dice “entra en mí, no te ocupes de más”. Caminar es ir a un laberinto fácil, de calles con casas bajas, que son la belleza de lo que está como en su ser. Cada cosa está y no pide más, ni admiración, ni loa, sólo respeto. Sólo fascinación pequeña por los nombres de las calles que son reyes godos, de la lista interminable que se aprendía de memoria en las escuelas y que ahora campean en las paredes con la rotundidad de la nomenclatura regia. Con lo extemporáneo de gobernar paredes de ladrillo liso y colores templados que alternan con el blanco del antiguo enjalbegado.

La primera fascinación es la del nombre del Tercio y Terol. Tiene a partes iguales la rotundidad y la extrañeza de los barrios de la periferia de Madrid (La UVA del Pan Bendito, el Caño Roto, Las Cárcavas) entre las señales del terreno y la sorpresa radical de un nombre recién venido. El Tercio es un nombre de legionarios. Terol es el nombre de la ciudad y provincia de Teruel en catalán. Será un apellido de alguien o el nombre de una unidad de combate de la legión (“Caballeros legionarios: ¡a mí los valientes del Tercio Terol!”). Es la sorpresa confirmada con el nombre del comandante Fontanes, legionario, de los años de la guerra, del bigote en las fotos y enjuto, pero esto no se ve en el rótulo de la calle: el nombre protege con su rotunda autoridad, lo mismo que hace unas calles más allá la que lleva el nombre del alférez Juan Usera, de quien no hay más que un nombre. Soldados de la guerra civil atravesando los Chindasvintos, Recesvintos, Amalasueta, Totila, rotundos reyes visigodos que quedaron fundando ciudades antes de hacerse las catedrales y los palacios. La belleza de lo simple está hecha de sorpresas que hacen armonizar elementos extraños entre sí, nombres griegos con propietarios de los terrenos antes de edificar, como ocurre en tantas periferias madrileñas.

La sencillez es complicada de descifrar, porque hay que saber mirar muy bien para atribuir al único bar, que se llama LA ESPERANZA, su principal cualidad: entrenar en el arte de la espera. Ese es el fuego de lo simple: cada cosa dice de su virtud principal. Aquí todo testimonia el dominio de un tiempo que se ha escapado del ruido y la prisa, sin volver atrás ni un milímetro.

Máquinas tragaperras, botellines, embutidos de batalla, pan, pan seco que atrae la salsa de los boquerones en vinagre, los botellines que se piden de nuevo, mientras se espera. Los diálogos enormemente ceremoniosos, con la ritualidad del proletariado, hacen que se acerquen vecinos de distritos extremos junto a los nativos que nacieron con el cigarrón entre índice y pulgar, con quienes asoman a la puerta, a una de las dos minúsculas puertas del Bar La Esperanza. Miran arriba, hacia el cementerio de los Ingleses, la mujer y el hombre que tratan de resistirse a la enorme fuerza absorbente de ese establecimiento que te pillas y te mete en el cuadro como si fuera tu lugar natural, de toda la vida. Ambos aflojan un poco sus gestos, para mirarse directamente, luego miran a los lados, y tratan de volver al tiempo sin tiempo que la calle Fontanes está dictando ahora y para siempre.

Uno se puede perder entre las calles, desembocar en plazas pequeñas, ajardinadas, que tienen un momento de ciudad de provincias. Las plazas de Terol son pocas, animadas por niños, mujeres que los cuidan y les llaman si se escapan de la vista o de lo calmo.

Al fondo el cementerio de los Ingleses esconde sus raíces judías, sus tumbas antiguas, a las que venían a refugiarse para el eterno sueño algunas de las familias emprendedoras, que fundaron comercios modernos, que volvían de la Europa que no conocía este tiempo de remanso (Saguar Queer, 1999) Al fondo a la izquierda hay un bar regentado por chicos jóvenes mahometanos. Que tiene la misma pulcritud, o más, que las tabernas de *la Matilde* o del *Hogar Criado* (tan soberbio que no se somete: no abre). La misma autoridad de quien escribe en su furgoneta blanca “Metatarso”. Y le añade un pie partido con los huesos al aire: allí se ajustan, al otro lado.

El tiempo es un color que no renuncia ni se embosca en alicatados ni filigranas. La voluntad de vivir la periferia se convierte en una afirmación de lo vivido y lo por vivir. El espacio se ha hecho tiempo detenido, se defiende del tráfico de las gentes por las arterias de los Generales Ricardos, y otros que llevan y traen a quienes luchan por sobrevivir entre el comercio y los autobuses. Pero aquí hay un sitio al que no hace falta regresar porque en cuanto entras ya estás.

III. Este sitio

Qué tiene esta calle que pide ser interpretada o dicha sin más en todo lo que es, que se sale de la calle del pueblo, que la han ido metiendo entre aceras altas y su firme parece macadamia por lo poroso y lo renegrido. No llega a ser asfalto, pero conduce la voluntad urbana de los viandantes. No les digas a ellos nada de pueblo, que ya ni se acuerdan. Y de volver a su lugar natal, menos: no lo harían ahora ni en estado de embriaguez. Esa es la cualidad de las calles de las ciudades. Además de recoger los miles y miles de pasos orientados, o al tuntún, que meses y años han amparado en su recinto, además se levantan como torreones de un castillo mediano: somos de Valencia de Don Juan, somos de Bercianos de Aliste, somos del Barco de Valdeorras, somos de Castilfalé...o de Rodrigatos de Obispalía. Todos invitan a pertenecer, no como algo voluntario, que si quieres sí y si no quieres pues no: si eres de esas calles centradas por una plaza del mercado, si eres de ese barrio del Crucero o del barrio de Corea, pues es que tu ser mismo es de esas partes de la Ciudad. De la Ciudad de la Ciudades.

Por eso cuando se nombra a la distancia y con personas no conocidas quien habla lo alude siempre con circunloquios:

- Nosotros somos de la parte de Lagaritos...
- Pues yo vengo de ahí de Pestorejo y todo eso...

- Pues mi familia te viene siendo de Trozos, y con eso te digo todo...

Difícil de sobrellevar la sensación neutralizadora según la cual uno es de ahí como podría haber sido de cualquier otro paisaje urbano. Esa apertura, esa banalidad que no te agarra fuerte y te ata a un tierra, a un territorio, a lo que es un terruño o, algunos días nublados, a un terrón. Esa no se soporta bien siendo de una ciudad. Uno le acaba poniendo historia, manteca, verduras tiernas, puerros y morcillo, clarete sin engaños, una copina de orujo suave, sólo una. Pero la desazón escondida en el ser de *este* sitio, no se sabe qué hacer con ella. (Marinas, 2014).

IV. Conejos

En el París de los setenta aún circulaban algunos hombres en bicicleta, con bigote y gorra, que iban pregonando:

- *Peaux de lapin, peaux de lapin.*

Y llevaban las pieles de los conejos colgadas como un racimo sobre el hombro izquierdo.

París se dejó acumular, densificar, apenas dejando espacio para las avenidas que caen desde el norte y se recorren andando de noche. Para compensar limpió la fachada de Nôtre Dame y la dejó como si fuera piedra de Salamanca. No sé quién no toleró ese blancor y lo transformó en pira y tinta negra.

V. Comunidad

Las imágenes de la ciudad cuando aún era rural. En la Plaza Mayor, arrimados a una buena parte de las columnas de los soportales había trillos, seis o siete en cada columna. Descomunales, limpios, con toda la dentadura de las piedras afiladas que formaban una piel amenazadora para los niños aguerridos que se atrevían a subir a lo alto, allí donde hace una curva y cuando se muele el trigo es la parte delantera de lo que nunca fue —qué pena— el carro de Ben Hur.

El barrio transita entre pueblo y metrópolis, como hacedor del sujeto urbano. Se agrupa en los ritos que se pueden contar con la extrañeza de quien ha pasado por el fuego y no recuerdo haberse quemado las zapatillas de cáñamo. Un momento crucial de la formación de un barrio es el de los lugares de juntarse los niños: los llamábamos los *chollos*. Chollo en sí era cosa fácil, sin precio, pero en este tiempo espaciado eran los soportales de

las tiendas. Cada uno de ellos tenía nombre propio y su sentido era ocupar un lugar comercial, una entrada espaciosa entre dos vidrieras o escaparates interiores, atiborrados de zapatos por categorías, por estaciones, o cortes de trajes, o vestidos de temporada, o materiales para adornar la casa. Así el chollo de los diez mandamientos había sido sede reiterada de relatos sobre la película descomunal con Charlton Heston de pelo cardado bajando del Sinaí y la malvada sonrisa de Edward G. Robinson en el papel despreciable del traidor Natán Abirón. El chollo de la mamá seguía reflejando las voces de un niño que se había perdido y se arrimaba al grupo de nativos del barrio que le querían acoger, pero de vez en cuando él se sabía en tierra extraña y clamaba por su madre. El chollo del NODO era de mucho éxito porque formaba parte de la escalera que bordeaba el quiosco Lina. Allí Miguel Ángel Nepomuceno, insigne orador de once años, esperaba a que el grupo concluyese de tararear la sintonía del noticiario, solemne, militaroido, para empezar las noticias que siempre, siempre comenzaban diciendo:

- *Doña Carmen Polo de Franco ha hecho una visita al colegio de los niños huérfanos de tal sitio...*

La sola mención de la Collares causaba una risa irresistible entre los habitantes del chollo. A veces abría al repertorio de chistes de época sobre el enano del pardo y otras era como gasolina para salir volando entre carjadas a otro de los refugios que puntuaban el barrio.

El barrio llegaba muy lejos. Propiamente hasta la calle Ancha, por un lado, al acabar la calle Legión Cóndor —tomada por denominación romana hasta muy tarde, demasiado tarde— y si la cosa pedía seguir podía ampliarse Ordoño arriba hasta el bar de la estación, allí donde un nómada puro, no se sabe ya si vendedor sin mercancía, o soplador descomedido, interrumpía años después la chacota para advertir:

- *Dejadme, dejadme un poco que tengo que cavilar...*
(Marinas, 2019).

VI. Ciudad dormida

El tren llega de madrugada y toma posesión de una ciudad que es apenas un nombre. Todo tiene una cobertura de algodón, de felpa, de los lápices de fieltro que servían para difuminar acuarela, cera, polvos de pintura y se fija en esa blandura el aire, las entradas de las calles. Tal vez sean las cuatro y media de la madrugada y el silencio es el mejor vehículo para avanzar por los lugares que en un momento, en el otro tiempo de los días, eran referen-

tes sólidos y ahora se han desdibujado como nombres de espacios y han adquirido una leve luz interior, una consistencia que no tenían. Acercarse al escaparate de *Modas Ciriaco*, que es un edificio como un cilindro modernista, varias plantas de tienda de vanguardia, junto a Santo Domingo. Luego Padre Isla arriba y detenerse en los recatados y coquetos *Almacenes Moráis*, que tiene cortes de tela y ropa ponible y digna, a la vez que es atendida por dependientes considerados muy atentos. Volver a la calle de la Rúa y pasar delante de la capilla del Cristo al que sólo se le ven las rodillas y los pies, arriba no hay quien mire, no hay quien vea, sólo una lamparilla ilumina la parte baja del espacio, sin flores, con corporales blancos extendidos. No hay celebración a la vista. Este Cristo es el verdadero vigilante nocturno de la ciudad vieja. Hay un silencio denso, casi vibrante. Nadie se confía en el silencio porque surge un silbido ronco y prolongado de la máquina del tren que retoma su andar hacia la meseta. Es un alarido largo de animal poderoso y ahora con achaques. Calle arriba se llega a la catedral que se asoma al aire como un iceberg seco, enorme, con cigüeñas silenciosas en los pináculos. Tal vez haya sesenta. La van a tomar en volandas y se la llevarán. Esa es la fantasía de los viejos vecinos del barrio que cada año contemplan con estupor tanta zancuda blanca: a esta hora las cigüeñas están inmóviles, como profetas barbudos, como los demonios del tímpano central que abren la bocona para tragarse a los malvados que pudieran atravesar la plaza. El viajero se mete en uno de los zaguanes de la calle la Rúa, donde tiene su estudio un fotógrafo muy activo y notorio. Entre dos luces va recorriendo las fotos expuestas, abundantes, de la misa mozárabe de San Miguel de Escalada, de las carretas en la romería de la Virgen del Camino, lo que es San Froilán, que se comparte con la ciudad de Lugo, a estas horas dormida en su cerco de murallas enteras. Hay rostros en encuadres formales, toda la plana mayor que presidió en Congreso Eucarístico del 64. Más adelante se ofrece un escaparate de tienda buena de ropa de hombre, y al lado, el *Sevilla* con sus bocadillos de calamares de cuatro pesetas. Y luego un breve par de paneles del fotógrafo Gracia, un retrato grande, de pose de estudio, en cada uno de ellos, pongamos que en uno hay una mujer joven con pelo abundante que campea sobre el cuello y el hombro con aire de reina de las fiestas del Casino, y en el otro un hombre moreno, atildado, con buenas cejas perfiladas, con camisa abierta dejando ver la pilosidad del pecho, con mirada de suficiencia, tal vez una figura de arte de la ciudad, sin que se sepa muy bien qué arte es ese.

El viajero ya se ha percatado de la capacidad de enredar que las cosas dormidas tienen. Y se nota abducido por los carteles manuscritos con letras

grandes que prometen cualidades soberbias de los zapatos que se exhiben en los escaparates. Decir que son como un guante ya no atrae, es lo suyo.

Conocer una ciudad de noche, sin nadie, con las luces justas para que las calles vivan y den su nombre como una consigna.

VII. Bósforo

A Estambul me sujetan las voces que van creciendo y suben de un alminar a otro, de una mezquita grande a su sombra más descomunal aún. *Lailahaillalá* es un melisma con vocación sagrada que llena las gargantas de los mohecines y de los cantores y desborda lo común del canto. Lo común de una ciudad.

No es común trazar una ciudad entre dos mares, entre dos continentes, entre dos modos de hablar, entre dos maneras de vivir, entre un bazar que continúa en pasaje comercial, entre un grupo que es giróvago y derviche y otro que tiene los pies firmes en el suelo y contempla la vida como un pescador de pueblo marinerero.

VIII. Habaneros

Mira que tantas veces nos hablaron de la Habana, desde el famoso pirulí hasta el tío en la Habana que no se sabía exactamente quién era pero que todos teníamos. La Habana se tira a los ojos y llega hasta el corazón arrebatándolo, causando desazón increíble. Tanta belleza que no se puede contar, porque nadie ha visto nunca casas cubistas, o modernistas tan hechas a conciencia. El abandono más o menos programado, la desazón de tener y no tener, de ser y de haber sido: un lenguaje como la ciudad que se mantiene insistiendo.

La fuerza de la vida, los compases, de caminar y de bailar, de portar las jabas con viandas, en el mejor de los casos, la mujer que canta lágrimas negras en el zaguán de su casa y fuera la acompaña la orquestita improvisada. En ella cada uno es una cátedra: de trompeta, de guitarra, de percusión. La ciudad está viuda y sigue echándose medallas y sombreros de tela suave. La ciudad sabe de compás y ni siquiera es premeditado su contoneo. La llamada tan fuerte a morar en la ciudad barroca, a guardar entre los dedos los emblemas de antes (la Obrapía, el Castillo de la Fuerza, el Segundo Cabo, las aguas que regalan en el borde del patio de armas) y a la vez el ningún temor a ese tiempo que dicen los que gobiernan los sistemas que mira cómo viene, que está viniendo, que ya está aquí...

La Habana es Cádiz con más negritos / Cádiz es la Habana con más salero.

IX. Mexicanos

Entrar en México por el norte, desde Caléxico, y encontrar en espejo la especial urbanización de Mexicali: ambas se componen de México y California. La sencillez de hacer un nombre de ciudades que están condenadas a ser una la puerta de la otra, de una nación y de la otra, de un modo de ser frontera y de su espejo. Los nombres encierran sonoridades que se quedan en las palabras. Las tierras, las calles, los edificios de plantas no muy altas son las pautas de un acorde con *basso tenuto* de desierto, con plantas enredadas como ruedas que el viento hace rodar de un lado al otro de la carretera, con restaurantes chinos en los que la tele encendida deja ver una y otra vez películas de kung-fu, cardenas plantadas en el eje de la alameda, edificios nuevos tan blancos que aturden si los miras fijo. Y la reflexión de cómo se hace una ciudad, qué interés se les sigue a los vecinos para seguir con la bandera y el eje del mástil impecable, al aire. Las aulas de la Universidad de Baja California en las que Marcuse precedió conferenciando sobre una escuela de Frankfurt que no era narrada, que era él mismo. Y que un colega veterano te identifique:

- *A ti te va Frankfurt, mero, ¿a poco no?*

En la conurbación poderosa, a la que llaman fraccionamiento cerrado, todas las casas son iguales, con bajo para garaje y alto para vivienda, con patios y jardines aún secos por lo nuevos. Allí resuena especial la pregunta entre maligna y cordial del colega filólogo:

- *Cómo es que es que en España siguen teniendo rey: ¿si eso sólo es de los cuentos de hadas!*

Mexicali, a cuatro horas de México Capital, a todo un desierto de distancia, que pareciera quitar las ganas de urbanizar y de trazar cardos y decumanos, que otorga orgullo y suaves maneras, la procesión va por dentro. (Marinas, 2002).

X. Salir de sí

Bronx sale de sí para bajar a Manhattan
 en la luminosidad del 4 con latinos vistosos
 y rockeros con guitarrita de pega

en la concentración del D con su luz de miel
rancia en las mañanas y de tinta azul
madrugadas gris denso de bordes negros se agolpan
los cuerpos morenos las madres
jóvenes con niños en sillas grandes
con plástico protector
muchachas se acicalan durante varias estaciones
al terminar algunas se quedan dormidas
queda mucho viaje
los que juegan en pantallas que los abducen
juegan desoyen al niño que los reclama
juegan observados por la hija adolescente que lee un libro
los de la música acompañan el cuerpo
como en el blues no en merengue
barajan a compás con la mano derecha
dominan una pista imaginaria

no es la humanidad entera
pero se compone del mundo todo

el metro es como el sueño
muchos cierran los ojos y se
entregan a lo oscuro puro ruido
metálico de los largos vagones
enhebrados
confiarse al sueño como a un viaje
del Bronx a Far Rockaway

y contarse los dedos de las manos
las manos de los brazos
los brazos del cuerpo
y el cuerpo del sueño

(Marinas, 2006, 2016).

XI. De noche

Catar una ciudad en la noche, en lo que esta tiene de pura noche. Salir del cine familiar con el runrún en la cabeza de lo solemne de cualquier película en blanco y negro, que marca una ruta invivible pero que llama a los vecinos a entrar en ella y ensayar mira lo que te digo otra vida, la vida,

la vida como es y no se vive de día. Las mañanas dan una ciudad valiente y un tanto cansina, si la primavera asoma se incendia una poderosa riada de luces que a ras del suelo van llevando a la gente y hacen que no te pesen los zapatos como cuando de noche quieres que ya se llegue a casa y se pueda dormir, para irse del cine al sueño.

La primavera espejea la promesa de un campo glorioso. Los oficios se afinan y se dan a ver con más nitidez, todos compran y venden como si hicieran lo justo y propio, sin lo cansino de los otoños o las tardes lluviosas de febrero.

Y el verano regala noches enteras para no dormir, aunque seas muy pequeño, siempre hay razones para pedir:

- *Un ratito más anda, si mañana no hay cole.*

XII. Biblioteca

1853. Silueta de los leones que custodian las puertas de la biblioteca pública ellos tienen la memoria del parque del depósito de agua como un castillo bien armado que acumulaba las lluvias del norte las que traía el río Cronen quienes se aventuraban tan lejos del núcleo de la ciudad amurallada de Wall Street daban paseos por un campo liso y rodeaban la mole con un orgullo yankee las figuras se alzan por señalar los umbrales oscuros donde el mármol campea en el mismo lugar de los libros preciosos a la mano de todos se alzó el vano sublime del palacio de cristal y a su vera la torre que fue la mayor de la ciudad en mucho tiempo se queman los dos edificios todo el esplendor se va como humo queda la memoria y el invento el clarinazo de la feria primera convertido en hierba para suspender el tiempo para leer para el tiempo para... (Marinas y Santamarina, 2016).

XIII. Por la calle

¿Qué hacemos con las imágenes que tanto nos ocuparon sobre ciudades y calles y cuestas arriba y abajo, sobre plazoletas y hondonadas?

Cuesta acumular, ordenar, subir y bajar los días para que, como en un tetrís o en un caleidoscopio, se ordenen fugazmente como un rostro. Cuántas calles con las manos en los bolsillos, mirando de reojo escaparates que no se podían mirar de frente porque no eras ni mayor ni señora. Cuántos pasos en la moderada cuesta arriba de la Calle Ancha para que alguien te sentencie:

- *Este chico tiene hepatitis...mira qué amarillo está...*

Y entonces quedabas condenado a hacer de tu cuarto una ciudad durante todo el encierro, como de quince días comienzo galletas con mermelada. Con cintas, cuerdas, hilos, entre el armario con espejo y las maletas cerca del techo. Con todos los muñecos (no se podían llamar así, porque no eras niña ni pequeña) que eran indios y vaqueros, Drácula y algún bicho, dos segovianos bailando que no se sabe quién los compró y los trajo de regalo. Todo *padentro*, todos a hacer su papel de regidores y de masas que gritaban como en Ivanhoe:

- *El traidor ha muerto, viva Gundemaro.*

Ficciones de ciudades vistas en el cine, en los miles de tebeos engullidos con avidez (digamos Capitán Trueno, el Jabato, El Guerrero del Antifaz)... Las idas y venidas en las ciudades que no estaban ni cerca ni eran propias: la ciudad de Sigrid...

XIV. Sin hablar

Qué hacer con las ciudades que nos traían los emigrantes, los detalles que eran la esencia de un Buenos Aires legendario:

- *Cuando tu padre y tu madre eran novios tú estabas bailando el tango en Buenos Aires.*

Las palabras del abuelo eran misteriosas y lo siguen siendo hoy: qué te vincula con una ciudad suele ser un enigma. No sé si alguno tan rotundo como el que acabo de recordar.

El lugar del que venían los mexicanos a habitar en las películas. Siempre las ciudades convertidas en ciudades de viajeros. Y luego se formaban las estampas de ciudades (Marinas, 1999).

Las calles de Ginebra y de Berlín y de Starnberg que daban contención a los encuentros entre la procesión de los libros y los afectos más cercanos y más tiernos. Ciudades hechas de trenes, de la memoria familiar de los ferroviarios. Que siempre andaban en otra ciudad. Luego volvían. O como los marinos que regresan a su casa en Galicia después de meses. Llega el padre y se pasea por la calle principal y entonces ve a su hijo pequeño. El niño se queda quieto, le rehúye, y más tarde dice como explicación:

- *Es que me da vergüenza...*

El lugar en el que se recogen las calles de los recuerdos y sólo aparecen algunas veces atraídas por briznas de acentos, palabras sueltas, latidos, otra vez noches en el tren que pasa por Medina del Campo y se detiene y los ojos se fijan en los de una mujer morena que sostiene largo rato la mirada. Ella

en el andén. Tú sopesando el silencio con el silbido de la locomotora que descansa unos minutos infinitos que no podrás olvidar nunca. Más vértigo del que nunca supusiste. Una mirada gratuita, muda, de noche, entre dos ciudades.

XV. Detrás del Bronx

Era el tiempo en que los Cahill, McNamara y O'Donnell,
Rooney también,
navegaban desde Limerick
una noche infinita en la cubierta
para poblar
el pantano que luego se hizo barrio

dejaban enterrados
en el cementerio que rodea la iglesia de Saint John
a los dos hijos Georges Myles muerto a los diez años el 15 de diciembre
de 1870 y a su hermano James Myles muerto a los once años el 22
de ese mismo diciembre,

en el barco huían John y Prudence Myles, los padres
atrás tumba y leyenda: “bienaventurados
los puros de corazón porque ellos verán a dios”

atraviesa la calle la mujer de cuerpo vigoroso,
hija pequeña con mallas de colores
detrás va la otra hija adolescente vaquero ceñido
jersey marinero de rayas
caminan por St Williams con toda
la modestia proletaria que atesoran en Irlanda
por si bajan del Bronx antiguo los fugados del hambre
de la muerte, se decían adiós
en el Puente de las Lágrimas
de camino al puerto de Derry

(Marinas, 2016).

XVI. Un método

Buscamos un método para averiguar qué han hecho de nosotros las ciudades. Qué les debemos. Cómo somos sujetos de una ciudadanía por haber sido de un barrio y de una ciudad grande conquistada en la adultez. Mirando con atención y afecto el ir y venir de los que pueden elegir pertenecer a una ciudad. O a las ciudades.

Bibliografía

- Benjamin, W. *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2005.
- Buck-Morss, S. *Dialéctica de la mirada: Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*, Madrid, La balsa de la medusa, 1989.
- Lacan, J. *La ética del Psicoanálisis*, Seminario 7 (1959-1960), Buenos Aires, Paidós, 1981.
- Marinas, J.M. *La razón biográfica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- Marinas, J.M. *La fábula del bazar: orígenes de la cultura del consumo*, Madrid, Antonio Machado, 2002.
- Marinas, J.M. *El síntoma comunitario entre polis y mercado*, Madrid, Antonio Machado, 2006.
- Marinas, J.M. *Ejido de las ciudades. Composición del mar*. Madrid, Varasek, 2014.
- Marinas, J.M. *Ética de lo inconsciente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.
- Marinas, J.M. *Bajar del Bronx*, Madrid, La oficina, 2016.
- Marinas, J.M. *La ética del don y la comunidad política*, Madrid, Escolar y Mayo, 2019.
- Marinas, J.M. y Santamarina, C. *El bazar americano en las exposiciones universales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.
- Sagar Queer, C. *El cementerio británico de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 39. 1999.